

## Bajar a la calle de la “jornada” a la “manif”\*

Michel OFFERLÉ

*Esta, estrictamente hablando, no sería lo que se acostumbra llamar una manifestación. Se trata [más bien] de agrupar a una multitud compacta detrás de los delegados con la esperanza de que el espectáculo de esa multitud, resuelta pero tranquila, inquiete a los gobernantes.*

Informe de la policía, 20 de febrero de 1889  
(APPO, Ba 1539)

*La calle será del pueblo de París como lo es desde ahora del pueblo de Bruselas o del pueblo de Londres, porque ya está cualificado para ocuparla con fines precisos y porque es capaz de asegurar el orden de sus cortejos y de respetar todas las libertades, con la única condición que se respete la suya.*

LOUIS DUBREUILH,  
“Action populaire”, L’Humanité, 30 de mayo de 1910.

**P**arís, viernes 9 de marzo de 1883. Está nevando sobre la explanada de los Invalides. Hay algunos mirones, algunos curiosos, algunos jugadores de trile y también “amotinadores profesionales” (según algunos observadores), periodistas, obreros y agentes de policía; hay quienes se enfrentan arrojándose bolas de nieve. Una comisión de cinco personas ha convocado mediante afiches a “los obreros sin empleo” a un gran mitin al aire libre “para mostrar claramente nuestro derecho a la existencia”<sup>1</sup>. Desde hace varios días, los periodistas políticos evalúan las

---

\* Este texto es la traducción autorizada y adaptada al español del artículo original publicado en Francia en un libro colectivo bajo la dirección de Pierre Favre en el año 1990, *La Manifestation*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, capítulo 2: 90-122. Texto traducido por Sixto Marcos.

1. Sobre este mitin, véanse Archivos de la prefectura de Policía (abreviado en APPO), Ba 1521. Encontrarán, en la primera versión realizada de este trabajo (informe para el congreso de la Asociación Francesa de Ciencia Política, Bordeaux, 5-8 de octubre de 1988), la presentación de varios documentos de archivo que hemos utilizado, así como otras referencias a fuentes impresas.

posibilidades de éxito de la reunión, explican las reivindicaciones formuladas por unos organizadores desconocidos cuyos nombres tienen una ortografía múltiple e incierta, buscan alguna fuerza oculta (policía, agentes extranjeros, revolucionarios, monárquicos...), remueven los hilos del complot que podría desembocar en una “jornada”. Desde hace varias semanas, “la casa junto al río”, como se denominaba entonces a la prefectura de Policía en los círculos revolucionarios, se puso manos a la obra: vigilancia de las reuniones privadas preparatorias del mitin, visitas a los restaurantes obreros, sobre todo de los obreros de la construcción, para sondear el ardor reivindicativo, laceración sistemática de los afiches y arresto de quienes los pegan, entre los cuales se encuentra un cierto Emile Pouget, empleado de tienda de 24 años.

Esta “idea de paseo por las calles de obreros desempleados” corresponde, según los observadores, a una importación “inglesa”, “ginebrisa o lionesa”. La iniciativa parece novedosa y nadie, entre los organizadores o los informantes, piensa en relacionar la legitimidad de una reunión de este tipo con una filiación histórica anterior: ¿1789-1793? – ¿1830-1834? – ¿1848-1849? – ¿1870?

Según los relatos policiales, los primeros grupos se conforman a partir de las 13 horas en la explanada; la policía los hace retroceder. Se anota la llegada de Louise Michel a las 13.45. La acompaña un hombre con una bandera negra. Subida a un banco, toma la palabra pidiendo “trabajo y pan” según unos, “pan y pólvora” según otros. A las 16.15, la explanada ha sido completamente despejada por la policía después de varios enfrentamientos. No se ha realizado el mitin, pero algunos “manifestantes” han corrido a paso de carga y en columnas poco definidas, o bien hacia el Elíseo, o bien detrás de la bandera negra y de Louise Michel hacia el barrio de Saint-Germain donde varias panaderías del Bulevar, de la calle de Sèvres y du Four son “visitadas”, “desvalijadas”, “saqueadas”. Rompen los cristales de edificios religiosos. Hay detenciones, en los Campos Elíseos y en el bulevar Saint-Germain, de hombres que tienen en su mayoría entre 17 y 20 años. Hay condenas también. Los comentarios del día siguiente subrayan el fracaso del mitin (3.000, 5.000, 10.000 “supuestos manifestantes” en vez de los 80.000 ó 100.000 anunciados con anterioridad) y se preguntan acerca de los “verdaderos autores de la reunión”.

París, domingo 17 de octubre de 1909. “Por una España libre”, “Manifestamos pacíficamente”, titula el periódico socialista *L'Humanité*.

Después de la ejecución de Francisco Ferrer, que se da a conocer el miércoles 13, una manifestación de protesta surge el mismo día en las inmediaciones de la embajada. Acaba mal: 1 muerto, 65 heridos, dice *Le Temps*; se incendian autobuses, se derriban faroles, se levantan barricadas, se arrancan rieles de tranvías... Los dirigentes socialistas se encargan de la organización de una segunda manifestación, rodeada por grupos de *hombres de confianza*. El gobierno y la prefectura de Policía toleran esta “novedad”. Esta segunda manifestación “a la inglesa” o “a la alema-

na” se desarrolla pacíficamente. Los organizadores querían darle “el carácter de un gran alarde popular, a la manera de los ingleses, a saber exento de desorden y de violencia”, explica *L'Illustration* del 23 de octubre de 1909. Del mismo modo, el domingo siguiente, a plena luz del día se vio pasar, de la plaza de Clichy a la Plaza de la Concorde, un largo cortejo de gente protestando, cuyo número según varios periódicos rondaría los sesenta mil y, según otros, probablemente más cercanos a la cifra exacta, unos veinte mil. Curioso espectáculo el de este enjambre de miles de cabezas, una multitud avanzando en la que, bajo la dirección de jefes de fila, diputados, concejales, la gente marchando brazo con brazo, ocupando todo el ancho de la vía. A pesar del incesante clamor, el canto repetido de *La Internacional* y algunos incidentes, sobre todo al final la feroz persecución de un cura solitario, este desfile extraordinario se desarrolló sin obstáculos. Una importante fuerza militar estaba lista para reprimir enérgicamente cualquier tentativa sediciosa y los destacamentos de caballería se formaban para proceder al paseo de una escolta peculiar...

A partir de entonces, los grupos de hombres de confianza de los organizadores contribuirán a canalizar y encuadrar el movimiento de los manifestantes [el “servicio de orden” de la manifestación]. Así, la federación del Sena del Partido socialista “quiso probar que era capaz de organizar y guiar por sí sola una manifestación”. De este modo y tal como lo demuestra la portada de *L'Humanité* antes citada, las fuerzas de policía y los organizadores de manifestaciones han adquirido un saber manifestante.

Si hemos escogido esas dos fechas, el 9 de marzo de 1883 y el 17 de octubre de 1909, no es para abrir un debate, que sería un falso debate, sobre el verdadero origen de la manifestación “moderna” en Francia, ni para especular sobre el arcaísmo o la modernidad del caso parisino. Entre esas dos fechas, pero también antes y después, existen en París y en provincia otras maneras de manifestar y otros grupos que “se” constituyen como tales por medio de la manifestación. Entrando en el objeto de investigación, admitamos a modo de hipótesis que esas dos fechas son más emblemáticas que fundadoras<sup>2</sup> y que nos brindan algunos elementos de reflexión sobre la escolta de la manifestación y sobre la movilización misma de cierto tipo de población urbana. ¿Cómo es que, a partir de una multitud incierta “se” logra hacer de un desfile un acontecimiento con sentido? Así como en otros países<sup>3</sup>, en Francia también es al final del siglo XIX que se crea o se recrea el proceso de significación de la manifestación pública. Pero no se trata aquí tan sólo de la organización en la calle, sino también de las palabras utilizadas para designarla: toda

2. Cualquier fecha fundadora no es más que el juicio temporal de los procesos de fundación que están siempre en evolución.

3. Si inventar al “manifestante” es efectivamente una actividad específica, ésta se entronca con otras actividades de “producción política”: elector y electorado; veáanse nuestros trabajos anteriores sobre estos puntos. La analogía con estos procesos puede estudiarse desde un punto de vista heurístico.

manifestación es al mismo tiempo una forma de ocupar la calle y un manifiesto de papel<sup>4</sup>.

### Cuestiones de método

Como todo estudio sociológico acerca de la génesis de los procesos sociales, la interrogante sobre la entrada de la manifestación dentro del repertorio de acción colectiva<sup>5</sup> pasa por un conjunto de premisas metodológicas. Llegando después de todos los demás, el sociólogo se arriesga a pretender saber más que quienes, para él, son actores o comentaristas más o menos distantes y más o menos lúcidos de las manifestaciones. La primera pregunta se dirige pues a nosotros mismos: ¿Qué estamos haciendo cuando abrimos un espacio de investigación aún poco trabajado? ¿Nos situamos en la conmemoración nostálgica, respondemos a las inquietudes de una actualidad todavía cercana, utilizamos la coyuntura intelectual?

El objeto manifestación es un objeto de estudio mal constituido. Por un lado la manifestación, tratada con desdén respecto a las formas legítimas de la competición política (luchas electorales, parlamentarias o ministeriales), salvo cuando “degenera” en revuelta o en revolución, ha sido poco investigada en cuanto a sus “consecuencias políticas” o a su “influencia” sobre la vida política<sup>6</sup>. Por otro lado, se ha podido esconder el objeto manifestación bajo un exceso de celebración militante en la que la toma de la calle hace las veces de guerra en la historia de las batallas y confiere una legitimidad a las organizaciones que son portavoces de los ciudadanos activos. Por último, el objeto manifestación se mezcla en ocasiones con otros objetos y no se aborda por sí mismo sino en referencia a la sociología o a la historia de la huelga, del sindicalismo, de la violencia...

Si el objeto manifestación está mal constituido es porque está mal acotado. ¿Hace falta, para estudiar la génesis de la forma manifestación, imponer la o las definiciones modernas de la manifestación? A finales del siglo XIX en Francia, el término “manifestación” no se refiere para nada a un cortejo de ciudadanos más o menos organizados. En primer lugar, manifestar significa, como lo indican todos los diccionarios, manifestar una opinión. Y manifestar una opinión puede hacerse de múltiples maneras. Examinar *L'Année politique* o las cronologías de *La Revue politique et parlementaire* es en este sentido esclarecedor en una primera aproximación. Todo lo que sucede colectivamente en la vía pública no conlleva la etiqueta de manifestación. Las inauguraciones, los desfiles oficiales, los entierros, los tumultos, los alborotos coinciden con sucesos (graves, posi-

4. Para una reflexión general sobre la consistencia de los grupos manifestantes y sobre los “desfiles de papel”, véase a Patrick Champagne (1984; 1987).

5. Sobre esta idea, véanse los trabajos de Charles Tilly y la recopilación de Michel Dobry.

6. Podemos preguntarnos también si esta cuestión tiene sentido así formulada.

tivos, serios, violentos...), disturbios, desórdenes, peleas, riñas, puñetazos, incidentes, agitaciones, saqueos, marchas y se distinguen de las manifestaciones. A la inversa, se requiere la palabra manifestación para comprender toda una serie de otros fenómenos. “Las manifestaciones del partido monárquico han sido más numerosas y más ruidosas. Banquetes, congresos, discursos y cartas han intentado atraer la atención pública”<sup>7</sup>. Podríamos añadir a esta lista la asistencia a misas, la iluminación o el adorno de las casas de azul, blanco y rojo, o de amarillo y blanco, y aun de rojo o negro...

Así, cualquier estudio de la manifestación a finales del siglo XIX pasa por una especie de revolución mental. Porque las palabras no designan las mismas cosas y porque las tecnologías de construcción y de expresión colectiva del descontento no son las mismas, ni en su forma ni en las relaciones que mantienen entre sí. Pasearse en grupo por la calle no significa lo mismo si existe o no el sufragio universal, y no conlleva el mismo trabajo político si los productores de sentido político son visibles, o si son efectivamente capaces de inducir o de descubrir un significado. Sin caer en la nostalgia del tiempo pasado, tan frecuente en numerosos trabajos actuales, basta decir que el aspecto general del repertorio de acción colectiva ha cambiado sin que podamos decir que se ha empobrecido o enriquecido (¿en qué, a partir de qué indicadores?). El punto de arranque de cualquier reflexión debe pasar por una sociología dedicada a construir los usos de la calle. Una calle “hecha para” la circulación de las personas y los bienes no puede ser ocupada de la misma manera por los colectivos, que una calle destinada a los desplazamientos, el callejeo, el trabajo... Imaginar la calle en el siglo XIX como espacio de vida y de relaciones sociales, imaginarla como el lugar de múltiples actividades que aparecen entonces como privadas<sup>8</sup>, es empezar a comprender lo que puede presentarse como una protesta colectiva e incitar a reflexionar sobre las estrategias de utilización de otros espacios para manifestar una opinión.

Las ocasiones para ser parte de una multitud en sitios públicos son mucho más numerosas a fines del siglo XIX que en la actualidad. Tanto en los registros de los comisarios de policía y como en los periódicos abundan informes que demuestran la presencia y la disponibilidad de mirones, paseantes y niños dispuestos a juntarse frente a las sedes de los periódicos de los Grandes Bulevares, a abuchear a los *sergots* [sargentos de policía] que proceden a un arresto y a seguirlos hasta la comisaría más cercana, a celebrar la llegada de un aviador o de un monarca extranjero. La calle, las plazas y los mercados son lugares donde se producen tumultos, cortejos y desfiles bastante similares, sean marchas o espectáculos de comitivas convocados por una “autoridad”. No obstante, en ese fin de siglo, las calles y las aceras tienden a diferenciarse: la calle está

7. *Revue politique et parlementaire*, 8 (1896: 749).

8. Pueden consultar a Alain Faure (1978) para una reflexión sobre el control progresivo de los altercados del carnaval.

hecha para circular; los primeros decretos que la organizan aparecen en esa época, la distinción entre el que observa y el que participa se acentúa. Momento de interpenetración de los géneros y de los repertorios de acción colectiva, las postrimerías del siglo XIX son igualmente una fase de diferenciación entre las formas de toma de posesión de la calle, que a su vez son objeto de controversias jurídicas acerca de la terminología utilizada para designarlas. Es también un momento de intercambio intenso entre repertorios sobre los cuales nuestro conocimiento es aún difuso: de lo militar a lo corporativo, de lo religioso a lo sindical (y viceversa)... las imitaciones y deformaciones de formas y símbolos en la manifestación de las opiniones podrían ser interrogadas. Sin olvidar la importancia de tecnologías extranjeras: “manifestaciones a la alemana o a la inglesa” y aún “a la americana”.

Con todo, ¿en qué debemos fijarnos? ¿Debemos reparar a la vez en las microemociones cotidianas y en la construcción de la majestad republicana (desfile del 14 de julio, entierro de Victor Hugo o inauguración de un monumento en la plaza de la Nation)? ¿Debemos privilegiar la fiesta de Juana de Arco pero ignorar el Corpus Christi o el transporte vial? ¿Debemos olvidar el *charivari* bajo las ventanas de un profesor de Derecho abucheador a domicilio, para considerar únicamente las marchas de estudiantes hacia las sedes de los periódicos de los Grandes Bulevares? ¿Debemos olvidar la caza del zorro en un momento de huelga, para hablar solamente de la confluencia de grupos convocados por una “agencia de protesta” organizada? En este fin de siglo coexisten esas diferentes formas provisionales de toma callejera, que los profesionales de la representación, autoridades públicas o calificadores de los hechos sociales, tienden a organizar, a encuadrar<sup>9</sup>. En ausencia de un derecho de la manifestación, la mayoría de las veces las manifestaciones callejeras son sólo toleradas y, en París, casi siempre prohibidas<sup>10</sup>. Ocupar la calle no es nunca inocente y el espectro de las jornadas revolucionarias se cierne sobre las concentraciones en un espacio público, sobre todo porque la creencia en el sufragio universal triunfante deslegitima tales procedimientos. Sin embargo, el refuerzo de la autoridad del Estado y la constitución de grupos de interés, aunque sea marginal y caótica en Francia, contribuyen a adaptar el uso pacífico de la calle, al tiempo que el aprendizaje de la *manif* organizada tiende a marginar las otras formas de protesta, pero sin hacerlas desaparecer. La legislación sobre los desfiles sindicales, políticos o religiosos, el acompañamiento policial de las marchas, el escaso nivel organizativo de los grupos de interés abren paso a extralimitaciones y a la utilización de otros instrumentos (tradicionales

9. La creación de los “servicios de orden” es un elemento importante, no sólo técnico, de la toma callejera y de la delimitación del manifestante. El debate Vaillant-Clemenceau en la Cámara de los diputados en 1907 (*Journal Officiel, Chambre des députés*: 139-142) resulta al respecto revelador: mientras que Vaillant antepone los derechos del proletariado y de la democracia, Clemenceau responde con la libertad de circulación pero ambos logran un acuerdo sobre la necesidad de canalizar el desorden de la calle.

10. Ver a este respecto la contribución de Hubert G. Hubrecht (1990).

o no) de expresión del descontento. Sucede lo mismo actualmente. La *manif*, como forma organizada (aunque nunca completamente organizada) de toma del espacio público, es tan sólo una de las formas posibles de expresión, de manifestación pública del descontento.

La idea general de esta presentación es mostrar cómo se van fijando progresivamente los géneros y los estilos de la manifestación, cómo el agrupamiento en la calle adquiere un significado, cómo se hace el proceso de convocatoria de la masa ordenada, cómo se constituyen varias modalidades de uso de esta forma de acción colectiva. Y, por lo tanto, cómo se producen históricamente tanto un saber manifestante como los instrumentos de percepción e interpretación de las manifestaciones.

Pero a esto se suman dos problemas que no son sólo técnicos sino que están directamente ligados al problema ya mencionado de la sociología histórica: un problema de fuentes y un problema de escritura.

Más que para cualquier otro objeto, la cuestión de las fuentes aparece aquí con una intensidad particular y frente a ella se pueden asumir diferentes posturas: en primer lugar, comportarse como un investigador positivista e intentar describir lo que “ha sucedido realmente” a la manera de un espectador alejado que observa desde lo alto tal o cual manifestación, multiplicando este ejercicio para el conjunto de los desfiles durante un periodo determinado, a partir de un cuestionario elaborado en función de una primera confrontación con el material. Desde esa perspectiva se podría establecer luego, tal como C., L. y R. Tilly lo han hecho (1975), series continuas para determinar los años “más manifestantes” (en número de manifestantes o de manifestaciones) y cruzar las cifras así obtenidas con otros índices (sociales, económicos y políticos). Empresa de larga duración, quizá en vano, pues esta posición, además de no implicar una reflexión sobre sí misma, se topa con varios obstáculos: por un lado, la definición de la manifestación propiamente tal y, por otro lado, las unidades que se deben contabilizar para dar cuenta de ella. No se trata tan sólo del carácter irregular de las fuentes. Aunque sea un lugar común señalarlo, los archivos son un depósito de informaciones constituidas (y clasificadas) según principios que obedecen a una lógica distinta de las lógicas de la investigación: azar en la destrucción de documentos, variaciones sobre lo que parece digno de ser archivado. Pero, más allá de la cuestión de la conservación de los documentos, se plantea el problema en su constitución. Para poder reconocer una protesta en los archivos, hace falta además que haya sido construida como tal por un periodista o por un policía, que no haya sido ignorada, tratada como insignificante o catalogada bajo otra etiqueta. En consecuencia, sería tremendamente instructivo llevar a cabo un estudio sobre la variación en el tiempo de las categorías de percepción de acontecimientos aparentemente idénticos.

Habiendo abandonado la tentación positivista, en el marco de este *primer tratamiento* de la manifestación en Francia a fines del siglo XIX, hemos preferido proceder mediante sondeos en la literatura y en los archivos, sin buscar una exhaustividad quimérica. Aun así, no se debería dejar de

lado el recurso al recuento “sistemático”, a condición de considerarlo como una herramienta de trabajo que permita establecer nuevas hipótesis y no como el fin último de la investigación.

Debido a un efecto óptico intrínseco al objeto constituido y recibido de nuestros predecesores y de los materiales sobre los cuales hemos trabajado, hemos privilegiado, según diversas modalidades, aquellos tipos de cortejo que nos parecen ser significativos de la configuración de la forma “manifestación”: cortejos políticos (entierros, conmemoraciones, desfiles o concentraciones puntuales) y cortejos corporativos (obreros, campesinos, estudiantes). Entre todos esos acontecimientos, hemos privilegiado los cortejos obreros porque, siendo sin duda numéricamente los más abundantes y los más frecuentes, han contribuido más que otros a la visualización y a la construcción de un grupo, y también porque han dado lugar a una gesta conmemorativa en Francia (colecciones de fotografías o de textos que exhortan a manifestarse, una historiografía exuberante...) que sería francamente difícil encontrar para otros grupos (por ejemplo, los nacionalistas).

Esta última observación nos permite reflexionar por otra parte sobre el relato mismo de la manifestación. En sociología histórica el relato de la manifestación es doblemente peligroso. Primero porque, como todo relato, es solamente un medio bastante aproximativo para objetivar alguna cosa que se expresa sin frase o con otras frases (Goody, 1979; Bourdieu, 1980), sin otra explicación, sin que las palabras puedan reproducir en su plenitud ni los olores o los colores, ni el placer de estar en el colectivo, o las emociones que solamente se expresan en la fulgurante evidencia de encontrarse en ese sitio por múltiples razones; sin que haga falta nombrarlas o porque es evidente que se delega a otros el trabajo de hacerlo.

La segunda dificultad de este tipo de relato viene del “privilegio” de conocer el resultado o el final actual pero frágil de la historia estudiada. ¿Cómo podemos restituir la historia en gestación, simulando olvidar el hecho que escribimos cien años después a tenor de otros instrumentos de percepción y con la tentación de la teleología? Deberíamos inventar una forma de escritura que permitiese subrayar que una manifestación es al mismo tiempo *una interacción concreta y una construcción simbólica en las que cooperan los agentes que se las adueñan y que les dan un significado*. El manifestante no desfila sólo en las calles, también lo hace en los informes de la policía, en los periódicos contemporáneos, en las historias del movimiento obrero y en las historias de Francia. Necesitaríamos pues incorporar una forma de escritura plural del relato que tomara en cuenta estos puntos de vista y los usos diversificados de la manifestación. Sin experimentar aquí esta nueva forma de restitución, que ya no consistiría exclusivamente en dar un solo punto de vista sobre el objeto sino en multiplicar los enfoques, incitamos aquí a una reflexión sobre la manera de realizar una investigación según una perspectiva socio-histórica de lo político.

### Las manifestaciones en la calle

A riesgo de repetirnos (Offerlé, 1985: 149-174), recordemos que para que haya manifestaciones de calle<sup>11</sup> hace falta que haya manifestantes, es decir individuos agrupados que prestan un interés suficiente, por razones diversas, a la manifestación prevista o fortuita en la que participan, al punto de sacrificar su vida, su libertad, su empleo o por lo menos su tiempo<sup>12</sup>. Esto implica asimismo cierto conocimiento sobre la toma de la calle, conocimiento cuyo aprendizaje será largo y orquestado por las organizaciones que aspiran al monopolio del llamamiento a manifestar y que disponen de un servicio de orden en Francia capaz de hacer respetar la organización y las consignas del desfile y, por consiguiente, capaz de intentar darle visibilidad al grupo movilizado, a sus quejas y pretensiones.

Aun cuando todas las manifestaciones, incluso a principios del siglo XX, no son consecuencia de un llamamiento a manifestar producido por una organización permanente y así como en lo que a huelgas se refiere (Perrot, 1973), durante todo nuestro periodo crece la importancia de las grandes organizaciones en la toma de iniciativa y en la gestión de las manifestaciones. Los llamamientos firmados con el nombre de personas físicas o de un comité de organización *ad hoc* son predominantes en los años 1880. Más adelante, los sindicatos obreros intentan, por la vía de comunicados, apropiarse del monopolio del uso de la calle en nombre del movimiento obrero, pero las emociones callejeras, el llamamiento de “emprendedores” independientes o de comités provisionales también dan lugar a concentraciones.

Otros grupos son en cambio mucho menos compactos y están más expuestos a las emociones espontáneas o a los “emprendedores” temporales; trátase de la “juventud de las escuelas” o de los viticultores del sur. Incluso éstos pueden ser más fluctuantes aún, como esos “trolepes (...) de los que habla Louis Lépine, prefecto de Policía de París, alborotadores pero sin cohesión, violentos pero sin disciplina” (Lepine, 1929: 224), mientras que se subraya, al final del siglo, la organización de otras bandas políticas (*ligueurs*) “guiados por jefes y que cumplen consignas”<sup>13</sup>.

El llamamiento a manifestar, ya sea que emane de una organización como de un comité temporal, de un periódico o de un grupo de individuos, invita a los actores movilizados a reunirse a una hora –no siempre

11. Algunas “manifestaciones de papel” convocadas pero no realizadas, que algunos llamaban en la época “manifestaciones de periodistas”, no necesitan realmente la presencia de “manifestantes”.

12. La manifestación programada implica el aprendizaje de la gestión del tiempo y de la reivindicación.

13. Parece que los elementos mejor preparados para estar en la calle son los grupos blanquistas (del teórico socialista Louis-Auguste Blanqui, N.d.E.) entrenados para este ejercicio en la clandestinidad bajo la monarquía de Julio y durante el Segundo Imperio, y los miembros de las Liges, sobre todo, y precozmente, la del marqués de Morès que había reunido a su alrededor a trabajadores obreros de varios oficios: ayudantes de peletería, de la metalurgia y de los mataderos de la Villette.

precisada al principio del periodo– en un lugar determinado. Andenes de una estación, funerarias, estatuas, puertas de cementerio son puntos de encuentro apropiados cuando se trata de acoger o de retener a una personalidad, de festejar a un muerto, de conmemorar una fiesta a través de un héroe o de celebrar un aniversario.

Con todo, la elección del lugar obedece a criterios tácticos y a las habilidades de los grupos movilizados. Queda por determinar sus estrategias de toma de la calle. Si los estudiantes se reúnen en ciertas calles específicas de París, si los campesinos salen de sus pueblos para converger en localidades más importantes, los partidarios del general Boulanger (*boulangistes*) y los nacionalistas prefieren la plaza de la Concorde mientras que los huelguistas obreros (cuando recurren a la manifestación, es decir sólo en el 10% de los casos entre 1871 y 1890, según la historiadora Michelle Perrot) privilegian las plazas de ayuntamiento y de estación de tren, o se juntan a las puertas de las fábricas. En cuanto a los socialistas y a los sindicalistas parisinos, en los años 1880 éstos encuentran progresivamente su lugar “natural” de concentración en los espacios centrales de París. Espacios en donde se molesta, se asusta y donde se arriesga a que la presión no sólo sea simbólica: la explanada de los Invalides, la plaza de la Bolsa, de la Opera, de la Municipalidad y de la Concorde son los puntos de encuentro de los primeros “mitines al aire libre” o de las manifestaciones del 1º de Mayo. Esto es antes que los compromisos tácticos y que la interiorización de la división del trabajo político hagan que los manifestantes trasladen sus puntos de encuentros hacia el este de París. A pesar de algunos intentos frustrados para reocupar los barrios ricos, el marco ya aparece fijado: se manifiesta principalmente en los barrios populares y en los Grandes Bulevares. Desde entonces, cualquier manifestante debiera saber cuál es su lugar: los periódicos comienzan a publicar los mapas de las concentraciones para que el cortejo pueda organizarse. Evidentemente, esta formalización no agrada a todos los protagonistas: los anarquistas y los partidarios de la izquierda sindical y política denuncian “esos tumultos o procesiones alrededor de los monumentos legislativos”<sup>14</sup> o esos peregrinajes gregarios y disciplinados<sup>15</sup>.

Agrupamiento no significa, sin embargo, cortejo. Si unos pequeños grupos compactos (estudiantes, camareros de cafés) pueden lograr engañar a la vigilancia policial, los grandes encuentros se topan –en París de manera casi sistemática– con las fuerzas de la policía. Tanto las manifestaciones antisemitas de 1898 en la Concorde, como las manifestaciones organizadas en la plaza de la República en 1906 o 1907 por los socialistas o sindicalistas, son desbaratadas incluso antes de que se puedan formar. Cuando la técnica Mouquin –que consiste en hacer girar sin pausa a un grupo de agentes montados en una plaza– no es utilizada, los manifestantes parisinos tienen el privilegio de ser contro-

14. Véase *La Révolte*, 30 de enero de 1892.

15. Véanse, por ejemplo, los artículos de A. Bruckère y de M. Almereyda en *La guerre sociale*, 23 de enero de 1907.

lados estrictamente por la policía, adelante y en los costados laterales del cortejo, y son divididos por los policías según el método Lépine “en pequeños paquetes” de unos centenares de personas<sup>16</sup>. Las precauciones son menos drásticas en provincia y los trayectos rituales se institucionalizan durante este periodo.

Los centros urbanos, los ayuntamientos, las prefecturas y a veces las embajadas extranjeras constituyen los objetivos privilegiados de los manifestantes obreros o campesinos, pero la fábrica o la residencia del patrón, el domicilio del profesor o del hombre político aborrecido... siguen siendo igualmente el destino propicio para huelguistas, estudiantes, nacionalistas o electores que abuchean a un candidato que acaba de perder ese día un escrutinio. Se desfila de día, la mayoría de las veces y preferentemente cuando la fecha puede ser controlada, un sábado, un domingo o un lunes (que es todavía el día de asueto en algunos gremios). Se desfila cuando hay autorización o tolerancia, siguiendo un itinerario fijo y a menudo negociado, excepto por definición cuando se trata de tumultos estudiantiles que se dispersan y se reconstruyen para pasar el Sena, en los ataques a bodegas por parte de los viñadores de la región de Champagne, en los saqueos de agencias de colocaciones, en las “acciones directas” de los sindicalistas revolucionarios o en esas interesantes protestas contra el alto costo de la vida que amas de casa y sindicalistas transforman en revueltas de mercado en el año 1910 (Flonneau, 1970). Es bastante difícil determinar la identidad de los manifestantes; según la fuente, se obtienen evidentemente fuertes diferencias en cuanto a número, sexo, oficio, vestimenta. Las fotografías o los dibujos requerirían largos comentarios y los recuentos que podemos realizar a partir de los expedientes de la policía y de la justicia sobre las personas detenidas son problemáticos<sup>17</sup>.

El número de manifestantes constituye un tema mayor. Los servicios policiales de París pretenden dar la cifra exacta de los manifestantes gracias al método de los pequeños paquetes. Por lo que respecta a las manifestaciones frustradas o desbaratadas, éstas dan lugar a argumentaciones inacabables para diferenciar al verdadero manifestante del ocioso, del obrero que sale de su trabajo, del curioso o del periodista. Más allá del número, la manifestación –demostración de fuerza pero arma del débil– se presta para numerosas interpretaciones. De la misma manera que se sopesan los votos, no todos los manifestantes tienen la misma densidad política según su cohesión, su unidad, su origen. Asimismo, pero ya anticipamos sobre el desarrollo de nuestra demostración, el trabajo de interpretación resulta aquí esencial. El significado otorgado al acontecimiento y el crédito dado al grupo real y al grupo representado

16. Véanse Rebiérioux (1984) y *L'Illustration*, 23 de octubre de 1909.

17. En cambio, remitimos, en el texto original de nuestra comunicación en el congreso de Burdeos, a la tabla sacada de una investigación inédita, con D. Gaxie, acerca de la división del trabajo político en el movimiento boulangista parisino. Los manifestantes *detenidos* cuentan con una fuerte sobrerepresentación de obreros y de trabajadores manuales no cualificados.

son muy diferentes según si se ha visto a gente sin importancia<sup>18</sup>, bandidos, bromistas, niños, obreros en ropa de trabajo o acicalados, estudiantes o empleados socialistas con bombín y bastón, mujeres sin sombrero, o según si se ha visto a jovencitas con vestidos regionales, estudiantes llevando su maletín lleno de papeles de periódico, individuos desastrosos, vagabundos, gente que anima, corredores de apuestas o pícaros.

En general, la actividad manifestante es cosa de hombres más que de jóvenes, pero hay mujeres y niños en las conmemoraciones comuneras en el cementerio del Père-Lachaise; asimismo, todos ellos marchan en los pueblos, en las protestas campesinas y constituyen a veces cortejos *ad hoc*, manifestaciones de mujeres, éxodos de niños en el desarrollo de ciertos conflictos (Mazanet, 1909). Se requiere la existencia de una autoridad para asumir la manifestación, para otorgar el permiso a los responsables designados para la protesta o la existencia de intercesores supuestamente eficaces. A falta de organizaciones estructuradas que tengan mandato para construir y transmitir las reivindicaciones, se elige a otras personalidades (“líderes” ocasionales, diputados, alcaldes, concejales) que desplazan a los antiguos intermediarios (curas, nobles, notables locales).

Se manifiesta, en los 1 de Mayo iniciales, detrás de los cargos electos socialistas que llevan su banda tricolor, la gente sigue los landós de los diputados boulangistas o nacionalistas, corren detrás de maniqués destinados a ser quemados en las manifestaciones estudiantiles, se desfila detrás de farolillos y una chaqueta en los alborotos postelectorales. El orden del desfile, que se constituye progresivamente, puede regirse según varias lógicas. Los electos o los organizadores van a la cabeza por deferencia o para mayor protección. Mujeres y niños tienen también, por las mismas razones, un lugar preferente así como tal gremio que se quiere homenajear en tal ocasión.

Las fanfarrias, tambores, cornetas, silbatos están presentes en muy numerosas ocasiones sin que podamos saber siempre en qué sentido son utilizados. Sin duda de manera irónica por los estudiantes; sin duda para marcar el ritmo de las largas marchas de los viñadores. Seguro que para fijar la cadencia del paso militar de los alumnos de las grandes escuelas. La música utilizada en las manifestaciones sindicalistas y socialistas (en que se interpretan los clásicos de la Revolución –*la Marsellesa* y *la Carmañola*, luego *la Internacional*– pero también canciones de circunstancia a partir de melodías conocidas) puede incitar a un paso militar o significar la alegría de ocupar ruidosamente la calle en grupo (Perrot, 1973). Música o recogimiento silencioso: parece que entre ambos sólo

18. El comisario de policía de Douai, en 1888, apunta que el comité de acogida para Boulanger está compuesto por gente “sin ninguna notoriedad, sin mandato alguno”. El periódico *Le Voltaire* informa de la postura de la cámara sindical de los obreros de la construcción que “tiene la potestad de hablar en nombre de la mayoría de los obreros” y que rechaza participar en la concentración del 9 de marzo de 1883 (véase *Le Voltaire*, 8 de marzo de 1883). El viernes 7 de diciembre de 1883, en la plaza de la Bolsa, el periodista de *Le Gaulois* sólo ve a “vendedores del *Cri du peuple*”.

hay espacio para silbatos o gritos muy diversos, y esto en todos los desfiles, incluso en los entierros. Según si la muchedumbre desfila reproduciendo una tesitura religiosa o siguiendo un ritmo militar, se observará un ordenamiento diferente que producirá otro efecto. Es difícil reconstruir el aspecto de las manifestaciones que, en cualquier caso, establecen precedentes y dejan un recuerdo incorporado en los participantes: cohesión del grupo manifestante<sup>19</sup>; unidad y homogeneidad de los manifestantes<sup>20</sup>; multitudes provenientes de huelgas. Ir enlazado del brazo del manifestante de al lado supone en Francia quizá una innovación que conlleva un punto de referencia para los manifestantes: ni desfile militar, ni procesión religiosa, ni altercado errático, ¿la toma de la calle por los manifestantes habría encontrado al cabo su forma?

Al igual que los carteles y los lienzos, las consignas declamadas parecen haber aparecido en forma tardía. Los testigos de 1831 en Lyon y los de 1848 en París retuvieron claramente las reivindicaciones obreras inscritas en los estandartes: “Trabajo y/o pan”, “Vivir trabajando o morir combatiendo”, “Organización del trabajo”. Pero estas inscripciones, por más significativas que fuesen, eran escasas. Los grabados y las fotografías de fin de siglo, en que los manifestantes llevan a veces carteles o pasquines en el ojal o sobre el sombrero, nos invitan a preguntarnos sobre lo excepcional de aquellas prácticas que se vuelven esenciales. ¿Dependerán del carácter a menudo improvisado en la urgencia de los desfiles? ¿Surgirán cuando los organizadores intentan dar un sentido a la reunión por otros medios (especialmente mediante un texto escrito que tratan de hacer llegar con unos delegados a la autoridad)?

A pesar de ello, hay dos excepciones. En los cortejos estudiantiles, los carteles no son excepcionales: abundan, sobre todo el 28 de enero de 1891, en una salida en contra del periódico *Le Radical*<sup>21</sup>. También son prolíficos en las marchas campesinas en el sur o de la región vitícola de Champagne, donde para evitar las inscripciones se utiliza un *lenguaje reivindicativo* expresado de manera muy diversa<sup>22</sup>. Queda un elemento común en todas las manifestaciones, signo de unión de los manifestantes: la bandera. Durante todo este periodo hay una focalización sobre la bandera roja. No sobre la bandera tricolor desplegada en las comitivas nacionalistas, en las marchas de los viticultores o en algunas algaradas

19. Por ejemplo “los grupos blanquistas eran en total 17 ó 18 filas de 18 a 20 personas”, APPO, Ba 879.

20. Por ejemplo en el caso de los vendedores de periódicos realistas durante las fiestas de Juana de Arco.

21. Observamos que en las manifestaciones de estudiantes se utilizan con creces los recursos del repertorio tradicional de los grupos de la juventud (en particular, el fuego), que a su vez apelan a lo absurdo y a lo provocador, como en el caso de las manifestaciones de los estudiantes de medicina, llamados *carabins*.

22. Véanse los textos sobre los carteles apuntados por Napo (1971): “El grito del vientre”, “Con el vino queremos pan”, “Esto tiene que acabar”, “Somos el pueblo descontento”, “Iremos a París”, “Queremos hechos”, “15.000 electos... nosotros carne de cañón”...

estudiantiles. Tampoco sobre la bandera blanca que aparece rara vez en la calle, ni sobre las oriflomas azules y blancas de los colores de Juana de Arco o sobre los estandartes amarillos y blancos que hacen no obstante que el periodista de *Le Radical*, presente en las fiestas de Juana, los asocie con los colores papales. Se habla poco también de la bandera negra, símbolo de luto y color exclusivamente anarquista (por lo menos a partir de los años 1880). Todo el debate gira alrededor de la bandera roja, cuya breve aparición provocó un escándalo en la muy oficial inauguración de la estatua de la plaza de la Nation en presencia del presidente de la República Emile Loubet (el 19 de noviembre de 1899). El tema y el juego de muchas manifestaciones huelguísticas o socialistas gira en torno al despliegue de ese “harapo de la guerra civil” como lo llama un periodista del órgano monárquico *Le Soleil*<sup>23</sup>. El confidente de la policía que analizaba la situación antes de la jornada del 24 de febrero de 1889 escribe que, según el tono de la manifestación y las medidas tomadas por la autoridad, “podría suceder que la bandera roja o negra fuera desplegada en las calles”<sup>24</sup>. La bandera roja hace referencia a todas las revoluciones, incluida la de 1789 –y en especial a la Comuna–, y los republicanos que deben, para instalar su legitimidad, imponer los símbolos del nuevo régimen, no podían tolerar la exhibición en la vía pública de emblemas considerados sediciosos que reivindican un territorio conforme a un principio antagónico. Al acercarse la guerra, la vigilancia decae, pero antes, la bandera roja que fue prohibida en las calles es tolerada en algunos casos en el recinto del Père-Lachaise o con ocasión de ciertos entierros<sup>25</sup>. Uno de los grandes debates político-jurídicos de la época gira en torno a la definición de la bandera. Signos de unión y símbolos cargados de afectividad, los estandartes y las banderas (donde aparecen los nombres de grupos, sociedades o pueblos) son a la vez una reivindicación de la toma de la calle y de la propiedad por parte de la masa que se ha agrupado detrás de ellos y que se supone cede a los portavoces la expresión de sus reclamos. Las banderas rojas son prohibidas, pero los estandartes están permitidos y surgen entonces distintas controversias sobre el uso de estandartes<sup>26</sup>.

Esto significa que, además de las múltiples ocasiones de choque que produce en aquella época el “encuentro en la calle” de una muchedumbre poco acostumbrada a utilizar así el espacio público (o, al contrario, decidida “a regir la calle” u “obligada a hacerlo”) y de las fuerzas del orden (policía o ejército) dispuestas a cortar por lo sano o poco entrenadas a dominar una situación parecida, la presencia de la bandera roja es la ocasión para numerosos incidentes en todos los momentos del

23. 19 de febrero de 1885. Sobre la bandera roja, véase a Dommanget (1967).

24. APPO, Ba 1529, informe del 19 de febrero de 1889.

25. Los ministerios o los prefectos de Policía de París utilizan tácticamente de manera diferente los textos que afectan a la libertad de manifestar y a la exhibición de emblemas en la vía pública.

26. Véase, por ejemplo, la interpelación de Sigismond Lacroix sobre el uso del estandarte rojo, 26 de mayo de 1885, *JO, Chambre des députés*.

desfile, en particular durante la dispersión, cuando los que llevan las banderas, después de haber desfilado en el Père-Lachaise, se niegan a guardarlas a la salida. Así pues, no es sorprendente observar, en la prensa socialista y sindical y en los informes de la policía, el mismo interés por las banderas rojas. Los dos adversarios producen comunicados victoriosos, los primeros contando el número de banderas desplegadas y devueltas intactas y los segundos contabilizando hora tras hora el número de banderas confiscadas.

No obstante, lo que se persigue es más la bandera que el color rojo. ¿Cómo podrían confiscarse los claveles rojos de los manifestantes boulangistas, las sombrillas o las blusas rojas de los cortejos conmemorativos o las zarzarrosas, corbatas e insignias de los entierros socialistas? En los desfiles en el cementerio, que son en las circunstancias de finales de siglo XIX en París las ocasiones más habituales de reunión, la policía se interesa, sin embargo, de cerca en el número de coronas colocadas en el muro de los Federados y toma nota de las inscripciones que comportan. A falta de numerosos carteles, ese material, los discursos pronunciados durante la manifestación y los textos de acompañamiento producidos antes y después del acontecimiento fundan lo que se construye, en la rivalidad, como los “verdaderos significados de las manifestaciones”. En suma, todo eso constituye lo que podría llamarse, siguiendo a G. Genette, el “paratexto” de la manifestación (Genette, 1987).

Por definición, un manifestante no da sentido a sus acciones. Grita, desfila, a veces actúa directamente en esas manifestaciones-acciones que son fines en sí mismas. Pero el trabajo político de explicitación no le pertenece, al menos no le pertenece ni directa ni cabalmente. Ese trabajo se vuelve cada vez más importante a medida que la manifestación pierde su carácter excepcional y que la toma de la calle cambia de significado. *Cuanto más “simbólica” es la manifestación tanto más la toma de la calle se convierte en un pretexto para ocupar otra cosa y el trabajo de enunciación política cobra mayor importancia.* Habría sido interesante investigar los expedientes judiciales que afectan a los manifestantes detenidos. Cualesquiera que sean los problemas de interpretación de una fuente retocada por un secretario de juzgado y producida en una “situación de sumario” un poco especial, podemos pensar que existieron modalidades muy diversas de participación en una manifestación.

Las otras fuentes sólo nos informan de forma aproximativa sobre estas maneras de manifestar, sobre el cómo y el por qué. Se escribe que la llegada al lugar es pocas veces individual. Quizá porque el tipo de manifestación no lo permite: así cuando un cortejo se forma en los Grandes Bulevares ante los paneles de los periódicos que anuncian los resultados electorales; así cuando, al final de un mitin o a la salida de la fábrica, una banda se forma en comitiva y va a sublevar a los obreros que todavía trabajan en los talleres; así cuando los organizadores fijan minuciosos encuentros –secretos o públicos– en esquinas de la calle o en las sedes de sociedades desde donde los participantes se pondrán en

marcha, invitados a veces, como en la manifestación en el Muro de mayo de 1910, “a no dar la característica de una manifestación a su reunión en los puntos de encuentro, ni durante el trayecto que deben efectuar para llegar al lugar de concentración central”<sup>27</sup>. ¿Y qué podemos decir de los desfiles preelectorales en que los electores acuden a las urnas en grupo? Nos recuerdan inmediatamente la famosa página de Tocqueville que relata un hecho habitual en 1848<sup>28</sup>; podríamos también hacer alusión a las votaciones en grupo de los obreros de ciertas fábricas, cuando son conducidos por sus encargados. Pero las votaciones en grupo mencionadas en el París de 1848 o en 1892 no surten efecto: como veremos más adelante, aunque nazcan de principios similares, los dos repertorios –votación y manifestación– no se mezclan. Pues la manifestación es una actividad colectiva, resultado de múltiples movilizaciones e incitaciones sociales ligadas a las interacciones de la vida cotidiana. La expresión “Que baja Belleville” ofrece una valiosa triple información: sugiere simultáneamente el trabajo de movilización colectiva que ha animado a los militantes del barrio de Belleville, la visión de las calles llenas de gente que baja a la ciudad y la imagen de amenaza que se cierne con esa marcha, los arrabales, las barreras, la chusma, el motín...

Los testimonios de los que disponemos dan escasamente cuenta de los motivos de los participantes excepto para retomar las dos explicaciones más habituales, que por otra parte no sólo son utilizadas en esas circunstancias. En primer lugar, se habla de manifestantes pagados, de niños, de desempleados, de especialistas del barullo, de fortachones deseosos de llegar a las manos. En este sentido, las manifestaciones boulangistas habrían sido constituidas –parcialmente– por personas pagadas 3 francos la tarde o 10 francos la jornada; los participantes en la manifestación antisemita del 25 de octubre de 1898 en París habrían recibido 100 centavos, la misma tarifa que paga el rey de los vendedores de periódicos monárquicos (los *camelots*), Hayard, organizador de la apoteosis del editor Drumont en mayo de 1898. La resistencia contra los inventarios de 1906 también habría sido financiada en forma similar. Algunos empresarios habrían cerrado sus talleres e incitado a sus obreros a manifestar durante el horario laboral. En cambio, rara vez se insinúa que los manifestantes de izquierda lo hacen “por dinero”. Los adversarios critican ocasionalmente los métodos de movilización y denuncian la presencia en la calle de alborotadores y de agitadores, pero nunca mencionan el fin de lucro entre las incitaciones a manifestar.

Además de esta explicación, la más corriente atañe evidentemente a las razones reivindicativas o políticas que fundan una movilización. Sin ignorar esas razones, podemos pensar que la intensidad, el nivel de explicitación de los reclamos y su grado de construcción política se reparten sin lugar a dudas de manera muy desigual entre los manifestantes (como

27. *L'Humanité*, 27 de mayo de 1910.

28. Véase el testimonio de Garnier Pagès (1848).

lo demuestra, por ejemplo, la ya mencionada diversidad del contenido de los carteles de los viñadores del sur de Francia).

Estar ahí por algo, por alguien, en contra de algo, en contra de alguien, estar con la masa, cumplir el deber de estar en masa, de hacer como los demás, estar ahí por curiosidad, para ir a la ciudad, para abuchear, por bronca, por el placer de pelearse con la *rousse* [la policía], de dar una paliza a un judío o a un rojo<sup>29</sup>. O estar simplemente allí, sin más<sup>30</sup>.

Esa interacción compleja puede “degenerar” en cualquier momento. Los riesgos de violencia son ciertamente menos importantes desde que la Guardia Nacional ha sido suprimida, pero la política de la calle de los gobernantes de la Tercera República, la falta de hábitos de los contrincantes en el control de la muchedumbre puede crear incidentes. Y esto sin olvidar a los provocadores, sin omitir que algunos manifestantes vienen armados y que otros llevan objetos que pueden emplearse como armas (bastones, herramientas de trabajo...).

Es a partir de esta interacción, ni total ni completamente explícita ni legible, ni total ni completamente amorfa, que los creadores de sentido trabajarán para hacer inteligibles y canalizar esas manifestaciones<sup>31</sup>.

### **Las manifestaciones como manifiestos. La pretensión al monopolio de la explicitación**

Todas las manifestaciones, incluso las más preparadas, las mejor organizadas, las más unívocas y llanas, son susceptibles de descontrol. Y no sólo en el sentido mencionado anteriormente: toda manifestación puede “degenerar” en la calle pero también *en el papel*.

Algunas concentraciones, como hemos visto, son espontáneas. Siempre parcialmente porque, incluso con prisa, el recurso a ese tipo de tecnología implica la existencia anterior de concentraciones parecidas, de puntos de referencia (“¿y si hiciéramos una *manif*?”), así como un mínimo de conocimiento (*savoir-faire*). Estos cortejos que traducen una emoción, un reclamo, propagan una noticia (la huelga) o toman la justicia en sus manos (saqueo de bodegas, de un domicilio, de un mercado) son a la vez los más legibles y los más incontrolables, en la calle y en el papel.

29. El libro de Hamon y Rotman (1987) por ejemplo permite comprender la pluralidad de implicaciones militantes y el interés que ciertos militantes han podido encontrar en las actividades de enfrentamiento físico en la calle.

30. Por ejemplo, *Le Gaulois*, 26 de octubre de 1898: “Es un espectáculo inolvidable, todos los rostros están radiantes, ebrios de una alegría patriótica, los manifestantes se sienten numerosos y sienten que poseen la victoria”.

31. Las conversaciones durante las manifestaciones a menudo sólo tenían una lejana relación con el objeto de la concentración. Quien creyera que únicamente se discute de “política” o de “reivindicación” quedaría tan sorprendido como ese cineasta americano que se indignó al descubrir en la banda sonora de una ceremonia africana que los Peuls, que había filmado durante una gran fiesta, hablaban entre ellos de los méritos respectivos de los ferrocarriles nigerianos y de Costa de Marfil. Véase a Labro (1988: 69).

Por eso, los dirigentes de organizaciones, “emprendedores responsables” como los denomina un periodista de la hoja *Nouvelles* (30 de mayo de 1910), orientan la actividad reivindicativa hacia otros recursos del repertorio (delegación, mitin en un local o al aire libre, incluso una acción electoral o parlamentaria)<sup>32</sup>. O procuran reservarse el monopolio de la interpretación del acontecimiento “escogiendo” (pero siempre con cortapisas) el momento, el lugar y el tema de la reunión. La estrategia del recurso a la calle es una estrategia con riesgos elevados (detención de dirigentes, riesgo de fracasar<sup>33</sup>, dificultad de controlar el mensaje) a la que recurren ciertos grupos a causa de su incapacidad temporal o permanente para utilizar otros escenarios y marcar su existencia y sus pretensiones, o a causa de la rivalidad que plantean en el mismo terreno sus adversarios (*dreyfusards*, *antidreyfusards*) o sus rivales (socialistas entre ellos, socialistas contra-sindicalistas, grupos emergentes contra grupos existentes)<sup>34</sup>. En suma, se trata de lograr que la calle sea reconocida como un lugar igualmente legítimo de expresión de la opinión política y también se trata de dominar físicamente o simbólicamente la calle<sup>35</sup>.

Si los motivos para manifestar de los participantes parecen a veces opacos, las estrategias para las convocatorias de los organizadores nos llegan por un doble canal que, sin embargo, no agota su significación. Las fuentes policiales construyen una visión conspirativa del recurso a la calle. En cualquier llamamiento a manifestar se esconden unos organizadores desconocidos que mueven los hilos de la historia sin que lo sepan, o con el acuerdo de los organizadores aparentes. Puesto que una manifestación no es percibida por la policía como un modo natural de expresión política, como un golpe<sup>36</sup> normal o rutinario, sólo puede ser obra de elementos turbulentos instigadores, creadores de alborotos (*apaches*) o de revueltas (revolucionarios profesionales, agentes extranjeros) o de ilusos manipulados. Así, se observa que actúan, al borde de los desfiles, alborotadores dispuestos a todo, émulos de Blanqui<sup>37</sup> dispuestos a tomar el poder o emisarios de los pretendientes al trono dispuestos a lanzar proclamas a favor de un futuro rey. Por el contrario, el discurso oficial de

32. “Este año se cumplirá en las urnas la manifestación en forma de acción”. Véase *Le Socialiste*, órgano del POF guesdista, 23 de abril de 1892 y 13 de mayo de 1900.

33. La medición del fracaso es uno de los principales temas de controversia. El número, la cohesión, la calidad, la determinación o la violencia de los manifestantes pueden ser utilizados negativamente o positivamente por y para todos aquellos que participan en la definición del éxito de una manifestación.

34. J. Joffrin, posibilista, obrero, concejal de París, se refiere a su capital político para negar a los pretendientes guesdistas y socialistas revolucionarios el derecho a representar a la clase obrera y llamar a manifestar: “Yo, quien tengo el honor de ser el primer obrero enviado aquí al salir del taller” (*Bulletin municipal officiel de la ville de Paris* (1889: 336). Por otra parte, rechaza este recurso como una maniobra boulangista (*Le Matin*, 20 de febrero de 1889).

35. Sobre estos puntos, para una reflexión sobre un periodo más reciente, véase a Tartakowsky (1986: 31-62).

36. En el sentido empleado por Bailey (1971) y Dobry (1986).

37. N.d.E. Político que participó en la Comuna de París de 1848. En 1870 fue arrestado antes de que estallara la Segunda Comuna por ser considerado uno de sus principales activistas.

los organizadores da cuenta de las buenas intenciones de un movimiento legible que tan sólo traduce y hace manifiestos los reclamos del grupo implicado. Evitemos ridiculizar estas visiones político-policiales que pueden ser intercambiables<sup>38</sup>. Las conspiraciones pueden existir y los reclamos también. Además, esta visión no es tan obsoleta como podríamos pensarla. En fin, conviene evitar la tentación de juzgar retrospectivamente la ingenuidad de los protagonistas. Por un lado, nosotros conocemos el desarrollo posterior de la historia y, por otro lado, la lucha política de finales de siglo es sin duda menos *indirecta* y menos *eufemística* que la competición política contemporánea. Aquí también, aún tenemos mucho camino que recorrer para comprender las disposiciones de los competidores, los puntos de referencia y los “reflejos” que los caracterizaban, en una época en que los científicos sociales todavía no habían proporcionado a los profesionales de la representación política los medios para racionalizar su práctica; cuando aún no habían producido un discurso sobre el discurso, desdoblado la práctica<sup>39</sup>.

Si nos atenemos a los discursos de los organizadores –personas físicas, individuos elegidos o grupos reconocidos–, una manifestación (cuando ha sido programada) empieza con un manifiesto. Pero también puede existir sólo mediante un manifiesto como lo prueban, en los años 1880, las concentraciones frustradas que, medidas según el número de manifestantes o de la duración del desfile, constituyen efectivamente un fracaso, mientras que, valoradas a partir de su cobertura policial y periodística, constituyen un auténtico acontecimiento. El manifiesto público es pues el texto por el que el organizador, explicitando los reclamos del grupo que representa o que contribuye a hacer existir, se autoriza a hablar en nombre propio y pretende reservarse el monopolio de la producción y de la interpretación de sus reivindicaciones. Porque, en la lógica de la manifestación, como también en cierta medida en la lógica práctica de la representación, se manifiesta *a favor de algo* (“ustedes manifiestan por...”) y al mismo tiempo se está manifestando *algo* en específico.

Cuando los organizadores de los mitines de desempleados en los años 1880, los promotores de los “requerimientos” (*mises en demeure*) de febrero de 1889 o los organizadores de los 1 de Mayo explicitan el significado de estas iniciativas desde un punto de vista táctico (obligar a los poderes públicos a actuar, obligar a los diputados de izquierda a asumir sus responsabilidades, incluso desengañar de sus ilusiones, en caso de rechazo, a los “trabajadores moderados” que creen en las virtudes de las reformas), contribuyen a construir de forma política el descontento y las reivindicaciones de un grupo. Pero también contribuyen a demostrar la existencia de un grupo (“los sin-trabajo”, “los obreros”, “el proletariado”, “la clase obrera”, “el pueblo de París”, “el ejército socialista revolucionario”, “el

38. Estas dos visiones complementarias corresponden igualmente de manera general a las que utiliza “la prensa”.

39. Sobre la prolongación del circuito político, véase a Champagne (1988: 71-97).

pueblo”), contribuyen a expresar su fuerza y su cohesión<sup>40</sup> y se presentan como los representantes de ese grupo en vías de constitución. Cuando se siguen las exequias del escritor Jules Vallès, quien rinde homenaje al periodista y al comunero y quien manifiesta a favor de la manifestación y contra la República burguesa, es el París obrero. Cuando los dirigentes antisemitas llaman a manifestar durante la apertura de las Cámaras en 1898, lo hacen en nombre del pueblo para denunciar a los judíos como responsables de todos los males, esforzándose de esta manera en capitalizar en beneficio propio los dividendos de la movilización multiforme anti-Dreyfus, y para erigirse en portavoces de la “Francia Verdadera”.

Los desfiles del muro de los Federados, en el aniversario de la semana sangrienta, pretenden ser tanto un acto de recogimiento por los muertos de la Comuna, una protesta contra las trabas a la libertad de manifestar, una contribución a la elaboración de una memoria autónoma del “movimiento obrero”, una demostración para una reivindicación precisa cada año a partir de 1912, una puesta en escena de la fuerza de la unidad y de la cohesión del Partido Socialista, una presentación de los dirigentes del grupo y una representación del grupo apropiándose de uno de los símbolos del grupo: el Muro<sup>41</sup>.

Los llamamientos a manifestar y el trabajo de explicitación posterior al desfile, al tratar de imponer la lectura correcta del comportamiento del grupo manifestante, siempre se basan en esta trilogía: *el grupo movilizado*, *las reivindicaciones del grupo movilizado* expresadas por *el grupo movilizador* (individuos o colectivos). La prensa de partido está llena de descripciones de manifestaciones en que una amplia parte del artículo se consagra a detallar la presencia de grupos y de personalidades presentes (o excusadas) en el desfile<sup>42</sup>.

En este fin de siglo, son numerosos los grupos y numerosos los constructores de grupos que fracasan en aglutinar y en crear entidades duraderas con potencial para ser naturalizadas por las manifestaciones<sup>43</sup>. Cuando el dirigente socialista Jean Jaurès escribe que “La manifestación de hoy ha sido la ocasión para la clase obrera parisina de probarse a sí misma y a los demás que es capaz de organización y de disciplina voluntaria”... está señalando que la victoria del proletariado no radica en desfilar a

40. “De norte a sur, de este a oeste, los trabajadores organizados han puesto en manos de los prefectos una petición...”, Llamado de R. Lavigne, 23 de febrero de 1889, en *L’Egalité*.

41. Bella expresión de este trabajo en *L’Humanité* del 27 de mayo de 1912: la presencia numerosa en el Muro “*comprueba* (el subrayado es nuestro) la profundidad del sentimiento socialista parisino”, no se trata tan sólo de una conmemoración sino de “una protesta a favor de la amnistía y de la justicia”; los gritos “han evidenciado que la consigna federal ha sido escuchada”.

42. Las medidas tomadas por las fuerzas del orden constituyen igualmente una amplia parte de la información acerca de las manifestaciones. Se da cuenta del nombre y del número de las unidades movilizadas así como de su jefe. Considerado desde el punto de vista de los que poseen temporalmente las posiciones de poder político, la puesta en escena (y el relato de ésta) de la tranquilidad y firmeza del orden republicano es en efecto también un reto para las manifestaciones.

43. Vean el trabajo electoral; véase a Offerlé (1988: 4-21).

pesar de la prohibición del gobierno, sino en obligar a los gobernantes a “autorizar las grandes manifestaciones obreras organizadas bajo el control y bajo la responsabilidad del proletariado mismo”<sup>44</sup>. Cuando el diputado Vaillant declara en la tribuna del Parlamento que “no habrá una verdadera República mientras la clase obrera no pueda con sus manifestaciones mostrar directamente su voluntad, mientras sea obligada a ceñirse únicamente a las demostraciones de sus delegados o de sus representantes, no lograremos una expresión completa y perfecta”<sup>45</sup>, está señalando lo indispensable que son para las múltiples operaciones que atañen a las interacciones sociales y al trabajo político, en los cuerpos, en las cabezas y sobre el papel, esos grupos<sup>46</sup> cuyas manifestaciones tienen como consecuencia materializar su propia existencia. Pero, para esto, era indispensable también que hubiera un acuerdo sobre las pretensiones de los interesados que, trabajando sobre las reivindicaciones, las transforman en subproductos de la actividad de representación.

### Las manifestaciones de papel<sup>47</sup>

Dado que en aquella época, a fines del siglo XIX, no contamos con una sociología del campo político, ni del campo de la prensa ni de sus relaciones, es difícil dar cuenta de los principios de percepción y de construcción de las manifestaciones en la calle.

Entre la prensa local y la prensa nacional, entre la prensa “de información” y la prensa política, ¿qué tipo de connivencia o de rivalidad se expresa? ¿Cuál es el interés diferencial de estos “acontecimientos”? ¿Cuáles serían sus efectos sobre sus lectores, aquellos que son erigidos en opinión pública por los instigadores y los comentaristas de manifestaciones de calle y de papel, como árbitros supuestos de las consecuencias indirectas de sucesos que no han vivido?

Si una parte de la prensa es el eco –siempre aproximativo– de grupúsculos y de partidos políticos, la otra ya está profesionalizada y obedece a una lógica específica de construcción del acontecimiento (rivalidad entre los titulares y los periodistas, racionalización de las secciones periodísticas). Más allá del argumento recurrente y limitado en que vemos a políticos, periodistas o a la policía denunciar a la prensa por crear *ex nihilo* la manifestación antes y después de su realización, deberíamos preguntarnos sobre los criterios que permiten a los periodistas, en su competición, describir, explicitar, comparar y evaluar las manifestaciones, o convertir-

44. *L'Humanité*, 26 de enero de 1907.

45. *JO, Chambre des députés*, 21 de enero de 1907, p. 140. Frase magnífica por lo que respecta a los fenómenos de representación, frase que ilustra bien el trabajo político realizado por y a partir de la manifestación, los usos diversificados de la manifestación y las características del personal político socialista.

46. Véanse a Boltanski (1982); Lacroix (1985); Champagne (1984); Noiriel (1986); Offerlé (1988).

47. Champagne, 1984.

las en un evento del que se hablará en portada y en la sección política, que se despachará al final del periódico como suceso o que se ignorará. En suma, cabe procurarse los medios del relato para entender cómo los comentaristas –profesionales de la política y/o de la prensa– contribuyen igualmente y a su manera a expresar el significado del desfile y, en consecuencia, a sustraer a los organizadores su pretensión al monopolio del comentario o ampliar su dominio sobre los manifestantes.

El trabajo político que toma como objeto la manifestación se realiza en los intercambios de golpes entre los protagonistas, aquellos que se producen con anterioridad al evento (preparación por los organizadores, medidas policiales, previsión de la importancia de la densidad y del carácter del acontecimiento), durante el acto en sí mismo (eventuales incidentes)<sup>48</sup> y después del evento. La competencia para la apreciación de su alcance pasa por un trabajo de descripción, de explicitación, de comparación y de evaluación que puede limitarse a unos comentarios en la prensa o propagarse por una serie de consecuencias a otros escenarios (interpelación parlamentaria, por ejemplo)<sup>49</sup>. La descripción, ya lo vimos, es muy contrastada y los observadores no captan lo mismo en la interacción. Confrontando las pautas de análisis de la policía, de los políticos y de los periodistas (incluso de los juristas o de los historiadores), evidenciaríamos lo que los acerca y lo que los distingue y haríamos así aparecer la emergencia de un marco modelo para la toma de datos. Con todo, los elementos fijos del trabajo de explicitación periodístico pasan por algunos puntos de referencia en vías de estabilización.

Se trata de “describir” en primer lugar lo que ha sucedido, insistiendo en el número, la calidad y la representación de los participantes, su grado de cohesión; señalando, incluso buscando los incidentes pintorescos o reveladores. La descripción construye pues la representación del acontecimiento.

Si el cortejo está dirigido por “supuestos delegados”, individuos sin mandato acompañados por granujas sin confesión, parece evidente que el verdadero pueblo (“el que desea trabajar”, *Le National*, 8 de diciembre de 1883), los verdaderos obreros, los verdaderos patriotas o la gente honesta no se han mezclado con la comitiva y que, entonces, las reivindicaciones que se han seleccionado son ilegítimas, irrealistas o expresadas fuera de los canales normales de construcción y de expresión de las mismas.

Segundo tema recurrente: la legitimidad del recurso a la calle. Desde que el sufragio universal existe, conviene darle sus prerrogativas. ¿Por qué manifestar “contra un gobierno que emana de la voluntad nacional” (*Le*

48. Véase, por ejemplo, el motín del 17º regimiento de infantería en Béziers el 21 de junio de 1907.

49. Sería necesario analizar aquí sistemáticamente estos procesos de cambio de escenario y de encadenamiento de golpes, saber quién interpela, cuándo decide hacerlo, ver el trabajo ulterior de explicación de la interpelación.

*Siècle républicain modéré*, 25 de febrero de 1889)? “No veo la utilidad de duplicar una discusión que se produciría en la sala de sesiones” (C. Pelletan, radical, *L’Eclair*, 22 de octubre de 1898). Jules Joffrin, en la coyuntura boulangista, deslegitima el recurso a la calle recalando en una entrevista en *Le Matin* (20 de febrero de 1889) que ha participado en *delegaciones* “sobre la base de un mandato preciso, o bien de nuestros colegas del concejo (municipal) o bien de los electores”. En definitiva, “el sufragio universal ha matado las barricadas” (*Le Temps*, 23 de mayo de 1898), el desfile callejero no es compatible con el “temperamento galo”. Al contrario, la legitimidad de la manifestación es reivindicada en la izquierda por Vallès:

“Las manifestaciones sociales no tienen padrinos, patronos, no hay tribuna, ninguna personalidad a la cabeza; por esta razón los parlamentarios las temen y las evitan. Y por esta razón nosotros creemos que debemos seguir tratando, si se da el caso, de contener la cólera legítima de los muertos de hambre”<sup>50</sup>.

Del mismo modo, Jaurès escribe más tarde que los partidos y las clases en las democracias sólo pueden actuar mediante la fuerza de la opinión y que, para conmover a la opinión, para atraer su atención, se deben provocar “por intervalos estas concentraciones, estos movimientos de masas”<sup>51</sup>.

Esa práctica ya no tiene como objetivo, como en los años 1880, internarse en el ciclo reivindicación-manifestación-rechazo de las autoridades, toma de conciencia o en el engranaje manifestación-revuelta-jornada-toma del poder. Aparece desde entonces integrada en una lógica de expresión de los agravios en la que el sufragio universal sigue siendo soberano, pero puede expresarse “como papeletas de votación” y “en forma de manifestaciones exteriores de la calle” (Marcel Huard, radical socialista, *Les Droits de l’homme*, 24 de febrero de 1898). Algunos de la derecha, no están lejos de razonar de la misma manera: “La soberanía nacional no abdica los días de las elecciones”, y quiere “retomar sus poderes en las horas de peligro y expresar su voluntad a aquellos a quienes ha encargado que la traduzcan” (Georges de Masure, 20 de octubre de 1898; ver APPO Ba 1533).

Tercer gran tema, la explicitación del significado de los resultados y las consecuencias que los comentaristas proponen e imponen a la opinión, universalizando el interés y las categorías de pensamiento periodístico-políticas que, se supone, traducen para los protagonistas de la competición política las opiniones de la opinión.

El extranjero, los manipuladores de la sombra (policía, boulangistas, monárquicos, socialistas, cuando la manifestación se declara puramente sin-

50. *Le Cri du peuple*, 9 de diciembre de 1883. No nos olvidemos releer este texto en su doble sentido, ya que emana de uno de los principales emprendedores socialistas de la época que dispone de un órgano de prensa diario, pero dominado políticamente y considerado como marginal desde el punto de vista del periodismo legítimo. Vallès, en 1883, no es el Vallès de 1990 (sic).

51. *L’Humanité*, 26 de enero de 1907.

dicalista) recogerían así los frutos de una agitación que perjudica al comercio y a la buena reputación del país<sup>52</sup>, mientras que los grupos supuestamente beneficiados por su movilización no obtendrían absolutamente nada por esta vía: la política no se decide en la calle. Sin embargo, la utilización de la calle en la política es real, los comentaristas la evidencian con sus comentarios. Se encuentra en estado bruto en unas tácticas básicas. Ocupar la calle o impedir que alguien la ocupe. Demostrar la fuerza cuantitativa o mostrar las fuerzas del orden, agitar el miedo para restaurar su crédito político y hacer olvidar sus fracasos<sup>53</sup>. Lo es de manera más intencionada en la gestión de la toma pacífica de la calle –y de los comentarios subsiguientes– que interviene en una competición política eufemística.

Para el manifestante, para los grupos representados, para los portavoces de esos grupos y para sus adversarios, la manifestación produce realmente unos efectos que, difícilmente aislables de otros golpes dados en el mismo momento, pueden ser directos o indirectos sobre la vida cotidiana de los individuos, sobre el grado de consistencia de los grupos, sobre la carrera de los protagonistas... (votación de una ley, dimisión de un ministro o de un prefecto de policía, revelación de un portavoz pretendiente)<sup>54</sup>. La manifestación también produce efectos sobre la legitimidad de este tipo de golpe político: manifestar es también manifestar a favor de la manifestación.

### **Las manifestaciones de los historiadores...**

Terminaremos esta contribución con una última interrogante. Porque la manifestación preparada bajo sospecha, cuyo significado no está totalmente controlado por nadie, que persiste como polémica y objeto de debate y de reconstrucción durante un lapso más o menos largo, se convierte poco a poco en una estrella muerta, la cual ya sólo tiene interés (en todos los sentidos de la palabra) para los historiadores. Desde ese momento, su tratamiento obedece a otra lógica. Ciertamente, el trabajo histórico depende también del trabajo político: los “redescubrimientos” son a veces producto de *l'air du temps* y pueden servir para alimentarlo. Pero la lógica de construcción de los objetos históricos, y aquí de la historia de la manifestación, depende también de otros principios que, en el marco del oficio de historiador, rigen la competencia entre los pares por la definición de los buenos objetos y de la manera legítima de tratar-

52. Unos periodistas se detienen a explicar que unos alemanes o ingleses se han apresurado a alquilar a un precio elevado los balcones que permitían contemplar el desfile.

53. Algunos han podido analizar así la actividad manifestante y las medidas de mantenimiento del orden tomadas en 1885 respecto a la derrota de Lang-Son.

54. La muerte de un hombre no constituye siempre el símbolo de lo intolerable, el umbral infranqueable. Hay muertos que pesan más que otros; véanse a Fourmies, 1891, Barrio latino, 1893, Châlons-sur-Saône, 1900, Boeschèpe, 1906, y también Villeneuve-Saint-Georges, 1908.

los. La historiografía de un tema pasa por la historia de los intereses sucesivos de los historiadores. No se trata solamente de una cuestión técnica, de fuentes: los trabajos anteriores de los investigadores predisponen el objeto e instituyen un punto de vista sobre el objeto que forma parte del objeto mismo.

Sería necesario, por consiguiente, profundizar –cosa que nosotros no hemos tenido ocasión de hacer aquí– la manera en que la manifestación ha sido constituida como objeto de investigación<sup>55</sup>. Esto implicaría hacer la sociología de los productores de obras y artículos sobre los temas de historia del movimiento obrero para subrayar sus características. Se trata con frecuencia de historiadores militantes, a veces no profesionales, que han reinventado las “luchas de ayer” para comprender las de hoy y que han producido una memoria a veces hagiográfica de la gesta del proletariado<sup>56</sup>. Las páginas históricas de los periódicos sindicales y políticos, los manuales oficiales de educación obrera, las revistas de historia popular (como *Le Peuple français* o *Gavroche*) entrarían pues en tal análisis.

\*  
\*   \*   \*

Esperamos, al término de este estudio, haber respondido a la doble preocupación que hemos planteado. Por un lado, mostrar cómo la manifestación se convierte para ciertos grupos en un medio de acción aceptado, tolerado, reconocido; cómo la manifestación pacífica en la calle se incluye en el repertorio de los golpes posibles de la democracia representativa en vías de estabilización; cómo esta puesta en escena de ciertos grupos sociales o políticos implica en los manifestantes, los portavoces y los comentaristas ciertas disposiciones peculiares y cómo éstos participan en la producción del verdadero sentido de las manifestaciones. Por otro lado, hemos querido, a pesar del riesgo de fragmentar arbitrariamente el objeto, considerar a la manifestación como un acontecimiento dotado de múltiples significados y de múltiples usos, que un sesgo positivista y objetivista podría ocultar o minimizar. Si existe un punto de vista sociológico o histórico, éste podría consistir, ya no en preguntarse lo que ha sucedido realmente, sino en comprender y dar cuenta de los puntos de vista de los diferentes agentes que contribuyen a hacer de una reunión de personas en la vía pública un acontecimiento cargado de significado.

---

55. Véase el trabajo de Gérard Noiriel sobre la inmigración (1988).

56. Deberíamos tomar en cuenta dos fenómenos de los años 1980: el enrarecimiento de la historia militante y la legitimación –parcial– de la historia obrera universitaria.

## Bibliografía

- Bailey, Frederick Georges. 1971. *Les règles du jeu politique*. París: PUF.
- Boltanski, Luc. 1982. *Les cadres*. París: Minuit.
- Bourdieu, Pierre. 1980. *Le sens pratique*. París: Minuit.
- Champagne, Patrick. Junio de 1984. "La manifestation. La production de l'événement politique". En *Actes de la recherche en sciences sociales* 52-53: 19-41.
- Champagne, Patrick. Enero de 1988. "Le cercle politique". En *Actes de la recherche en sciences sociales* 71-72: 71-97.
- Champagne, Patrick. 1987. "Transformation des manifestations agricoles", coloquio Les agriculteurs et la politique depuis 1970, Association française de science politique, policopiado, 23 págs.
- Dobry, Michel. 1986. *Sociologie des crises politiques*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Dommanget, Maurice. 1967. *Histoire du drapeau rouge*. París: Librairie de l'Etoile.
- Faure, Alain. 1978. *Paris Carême-prenant: Du Carnaval à Paris au XIXème siècle*. París: Hachette.
- Favre, Pierre. 1990. *La Manifestation*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Flonneau, Jean. Julio-septiembre de 1970. "Crise de vie chère et mouvement syndical, 1910-1914". En *Le Mouvement social* 72: 49-81.
- Garnier Pagès, Étienne Joseph Louis. *Histoire de la Révolution de 1848*, tomo VIII.
- Genette, Gérard. 1987. *Seuils*. París: Le Seuil.
- Goody, Jack. 1979. *La raison graphique*. París: Minuit.
- Hamon, Hervé; Rotman, Patrick. 1987. *Génération, 1: Les années de rêve*. París: Le Seuil.
- Hubrecht, Hubert G. 1990. "Le droit français de la manifestation". En Favre, Pierre. *La Manifestation*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques: 181-206.
- Labro, Michel. 1988. *Les dernières tribus*. París: Flammarion.
- Lacroix, Bernard. 1985. "Ordre politique et ordre social". En Grawitz, Madeleine; Leca, Jean, *Traité de science politique*, tomo I. París, PUF: 469-565.
- Lépine, Louis. 1929. *Mes souvenirs*. París: Payot.
- Napo, Félix. 1971 (1907). *La révolte des vigneronns*. Toulouse: Privat.
- Noiriel, Gérard. 1986. *Les ouvriers dans la société française*. París: Le Seuil.
- Noiriel, Gérard. 1988. *Le Creuset français*. París: Le Seuil.
- Offerlé, Michel. 1985. "Mobilisations électorales et invention du citoyen". En Gaxie, Daniel (dir.). *Explication du vote*. París: Presses de la Fondation nationale des sciences politiques: 149-174.
- Offerlé, Michel. Enero de 1988. "Le nombre de voix". En *Actes de la recherche en science sociales*, 71-72: 4-21.

Perrot, Michelle. 1973. *Les ouvriers en grève*. 2 vol. París, La Haya: Mouton.

Rebérioux, Madeleine. 1984. “Le mur des Fédérés”. En Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, tomo I. París, Gallimard: 619-650.

Tartakowsky, Danielle. Abril-junio de 1986. “Stratégies de la rue, 1934-1936”. En *Le Mouvement social* 135: 31-62

Tilly, Charles, Louise y Richard. 1975. *The Rebellious Century 1830-1930*. Londres: Dent and Sons.